

ILUMINADOS



**50 AÑOS DE LA COOPERATIVA
DE LOMA VERDE ESCOBAR NORTE**

TRAYECTORIA

Cumplir 50 años es muy importante. Como en cualquier orden de la vida, hay un factor que es clave: la trayectoria. Se puede hablar de éxitos y de fracasos, de cómo se resolvieron situaciones, de cómo fue y es la evolución de los servicios, de épocas buenas y otras no tanto. Pero lo cierto es que celebrar medio siglo de existencia genera en los socios y en los trabajadores de la Cooperativa un sentimiento de pertenencia que solo puede lograrse a través del tiempo.

Estamos tan identificados con Loma Verde, que puedo decir que formamos parte de su ADN. La historia de la Cooperativa es el mejor argumento para crear entre sus vecinos el sentimiento de confianza necesario para seguir proyectándonos hacia el futuro.

Deseo que la Cooperativa siga siendo eso, que no pierda nunca la esencia de su creación. Nació como fruto de una necesidad, y a lo largo de estos 50 años ha ido cubriendo otras. En estos tiempos en que el individualismo está tan presente, el movimiento del cooperativismo es fundamental por su rol social.

¿Por qué decidimos hacer un libro? Un día, buscando información de Loma Verde, me di cuenta de que no había nada escrito, solo referencias orales de los vecinos. Fue allí que pensé que esta era una buena oportunidad para dejar su historia por escrito.

Quiero agradecer a todos los socios que confiaron en esta administración, a los consejeros que me acompañan y a los que me acompañaron antes; a los trabajadores, que en sus puestos hacen que esto siga funcionando; a los contratados, a los amigos, a mi familia y principalmente a mi esposa, que es mi fuente de energía.

Gracias Cooperativa, sos parte de mi vida.

Raúl Lo Nigro
Presidente



TERRUÑO

Como Verde tiene una luz especial, tibia en invierno, cálida en verano. Los rayos del sol no pegan directo en la tierra, se cuelan estoicos entre sus tupidas arboledas; dibujan formas indescifrables sobre el pasto. Está recostada sobre los bañados del río Luján, entre suaves ondulaciones y lomadas quebradas por diferentes cursos de agua. Características que le aportan una magia muy personal.

Los amaneceres son hipnóticos en el cielo inmenso. Fucsias, rosados, azules y celestes anuncian la llegada del día; rojos ceibo, amarillos y azules, lo despiden. Por las noches, en rincones escondidos que solo algunos conocen, se suelen ver gran parte de las constelaciones estelares.

El frío y el calor se sienten con profunda intensidad. La niebla ciega, se sufre, y se disfruta; la lluvia hace sonar música sobre los tejados, el frío impulsa a los lomaverdenses hacia ese imán que es el fuego llameando en los hogares. Bajo los árboles, el calor es la gloria.

Viniendo desde el sur, a la altura de esta hermosa Huincul Caru, como los pueblos originarios la llamaban hace cuatrocientos años atrás

(Huincul: loma/ Caru: verde), el aire comienza a respirarse más limpio. El horizonte se extiende.

Sus calles tienen trazos indecisos, van y vienen, zigzaguean. No hay veredas, los peatones transitan de a saltos, tanto entre charcos y lama como a lo largo de senderos floridos y aromáticos. Con las manos heladas o la espalda sudada, dependiendo del clima. Se escucha el ladrido de los perros y el canto de los pájaros, los gigantescos nidos que las cotorras construyen en lo alto de los árboles son las fiestas más bulliciosas. Se cruza una liebre en la oscuridad. Baila un chico de guardapolvo blanco en la parada del colectivo.

Las zonas comerciales son pequeñas y suelen estar agrupadas en acogedores complejos de pocos locales. Hay espíritu de pueblo de veraneo, sobre todo cuando con el fin de semana llegan los dueños de las quintas, los que no viven. Salen a hacer las compras para el asado y los negocios se llenan de gente comprando leña para el hogar, carbón para la parrilla, cloro para la pileta, comida para perros; materiales de esos que en la ciudad no se necesitan demasiado, pero que se convierten en insumos de primera necesidad en lugares así.

Loma Verde se hizo magnífica en estado de orfandad. En su génesis, allá por los años donde ni Cristóbal Colón había descubierto América, sus pobladores eran los indios mbeguaes, que formaban parte del grupo chaná. Estaban acostumbrados a rotar entre las tierras bajas de los bañados, donde pescaban, y las tierras altas de la pampa ondulada. Intercambiaban con los querandíes los bienes que producían. Además de subsistir de la pesca, cazaban, cultivaban la tierra y realizaban objetos de cerámica. Si bien no hay muchos más datos sobre lo que ocurría

específicamente en estos pagos durante aquella época, se sabe que, más acá en el tiempo, el 28 de marzo de 1582, el gobernador de las Provincias del Río de la Plata, Juan de Garay, firmó un decreto por el cual cedió las tierras que hoy ocupa Escobar y todos sus barrios a Don Alonso de Escobar.

Pero por siglos la zona fue un conjunto de campos perdidos en la provincia de Buenos Aires, como tantos otros, ubicados aproximadamente entre los kilómetros 52 y 58 de lo que hoy es el trazado de la ruta nacional 9.

Después fue un pueblito del partido de Pilar y más tarde, recién en 1959, pasó a pertenecer a Belén de Escobar. Sin embargo, siempre fue una especie de estado independiente dentro del distrito, el último rincón perdido, olvidado; algunos ni enterados de su existencia. Por eso Loma Verde pedía a gritos ser conquistada. Recién en septiembre de 2017, con la promulgación de la ordenanza 5473/17 se la reconoció como la sexta localidad del partido, nada menos que la segunda en superficie territorial con 3.900 hectáreas. En ese momento también se demarcaron sus límites geográficos en los cuatro puntos cardinales y se definió que abarca exactamente desde el kilómetro 53 al 60, a ambos márgenes de la autopista Panamericana. Además, se estimó su población en aproximadamente 10 mil habitantes.

El broche de oro de este logro fue que Loma Verde hasta obtuvo su propio escudo. Fue elegido a través de un concurso en el que votaron más de mil vecinos, y su autora fue Olga Mori. En él están retratados varios símbolos característicos: el ceibo, las orquídeas en honor a los floricultores, las lomadas, los cañadones y el caballo que recuerda que ésta fue y es una zona ecuestre. También logró tener su propia oficina

de Registro Civil, una Unidad de Gestión Comunitaria (UGC) y una oficina comercial del Banco Credicoop con cajero automático, que funcionan en la planta baja del edificio nuevo de la Cooperativa Eléctrica Escobar Norte.

Pero estos son detalles del presente y su historia a futuro se construirá con el tiempo. Los comienzos de las actividades en esta región se remontan a mediados del siglo XIX, cuando los campos empezaron a producir en pequeñas escalas. Los verdes pastizales se plagaron de vacas y por ende de tambos como el de Don Raúl Cárdenas y Doña Rosa Olivera, el de Gaitán y el de Moretoni, que continúa funcionando, entre otros.

En aquellos establecimientos el trabajo era duro y comenzaba con el ordeño antes del amanecer. Había que ser rápido porque los tarros con leche debían llegar temprano a la estación de Escobar. Eran transportados en sulky por el camino que bordeaba la vía, conocido como “de los Paraísos”, a veces hasta Escobar, otras hasta algunos de los apeaderos que había en el camino. El ferrocarril fue inaugurado en abril de 1876, y hasta la década del 60 del siglo XX fue de fundamental importancia para la comunidad ya que permitía transportar lo que se producía en los campos que no era solamente leche.

La tierra arcillosa y ondulada fue propicia para la instalación de algunos hornos de ladrillos, como el de Federico, Borrás, Tomasella y el de Fragola. Había ocho fructíferos hornos funcionando. Pero sobre todo, se desarrolló la actividad equina con la proliferación de varios haras donde se criaban caballos. El más importante fue Los Cerros, perteneciente a Constantino Pelayo; también estaba El Nocturno, en la calle Los Tilos

entre Manantial y Timbó, una propiedad que luego fue adquirida por el cineasta Juan Carlos Desanzo, y el de Pampin, frente a la colonia japonesa. Todos ellos dieron una marcada identidad a Loma Verde.

También comenzaron a surgir las primeras huertas, que después serían muchas, lo mismo que los viveros y la inmensa industria de la floricultura a cielo abierto que prosperó en esta zona. Las plantaciones de flores y de verduras convivían armoniosamente. Esas fueron básicamente las primeras producciones locales. Muchas de la mano de inmigrantes en su mayoría italianos y portugueses que llegaban buscando un rincón pacífico. Se formó la colonia japonesa, donde las flores logradas eran exquisitas, y más acá en el tiempo, hacia el año 2000, la taiwanesa. Vinieron a establecerse personas de diferentes partes de Europa y muchas de países limítrofes.

El pueblo se constituyó con lo que los pioneros fueron aportando. En febrero de 1898 llegó una influyente personalidad: Tomás Márquez quien fue diputado, senador e intendente de Pilar. Si bien su principal actividad era la política, cuando llegó a Loma Verde administraba unas tierras heredadas por su esposa, María Máxima Pinazo, y se dedicaba a la compra y venta de campos. Su estancia tenía 1.000 hectáreas y era conocida como "Finca de Viñas". Allí solía pasar los veranos junto a su familia. De hecho, en la estancia nacieron varias de sus seis hijas. Un dato sorprendente es que entre sus pasatiempos favoritos estaba la fabricación casera de vinos, que eran añejados en sótanos especiales. Además, en sus extensos campos y en los bañados aledaños pastaban innumerables cabezas de ganado. Su privilegiada posición hizo posible que la empresa ferroviaria dispusiera la instalación de un apeadero en

Loma Verde, con un espacioso andén y refugio. Además de trasladar las posesiones Márquez, el objetivo era transportar los productos de su estancia y de otras vecinas. Falleció en su propiedad de Loma Verde en 1922 y hoy no quedan rastros de la antigua casona. Esos terrenos actualmente pertenecen a los taiwaneses.

A medida que comenzaron a multiplicarse los emprendimientos privados, se hizo necesario que se crearan instituciones públicas para acompañar ese crecimiento. Por ejemplo, nacían niños, sobre todo hijos de los trabajadores del campo y de caseros de estancias que tenían que ir a la escuela. Por ese motivo, el 8 de noviembre de 1884 se creó la Primaria N° 3 Ricardo Rojas, que no nació en su ubicación actual sino en Belén de Escobar cuando todavía pertenecía al partido de Pilar. Aún así muchos chicos de Loma Verde se educaron allí. La escuela tiene una larga trayectoria de traslados y mudanzas hasta que finalmente, en 1957, se instaló donde se encuentra actualmente.

Los terrenos fueron donados por Arturo Boote, un vecino que tenía su quinta justo al lado de la granja San Sebastián, donde actualmente está ubicado el barrio cerrado que lleva el mismo nombre, y que fue un gran benefactor del pueblo. Boote era un amigo muy cercano de Arturo Frondizi; durante su gobierno fue embajador en Trinidad y Tobago, y era común ver al ex presidente caminando por la calle que hoy recuerda a su amigo.

La Ricardo Rojas fue la primera escuela de campiña de la zona; comenzó con un alumnado de diez niños que aprendían todos en el mismo grado. Hoy tiene casi 500 estudiantes repartidos en las diferentes secciones y 135 años de historia.

Las postales lugareñas de aquel entonces retrataban cuidadores de quintasyendo a hacer las compras al centro de Belén en sulky, compraban bolsas con grandes cantidades de productos de primera necesidad que servían para todo uso, azúcar, harina y granos; trabajadores de la tierra en las chacras criando pollos y chanchos; las mujeres ocupándose de la cocina en artefactos a leña, cosiendo la ropa en casa con los rollos de telas que compraban en Escobar, extrayendo el agua de los aljibes. Refregaban la ropa sobre tablas de madera acanaladas. Durante un descanso en el acto de colgar las sábanas en la cuerda, aprovechaban la luz solar para leer un libro en un rincón escondido. Del lado de la Colectora Este, el barrio ya se llamaba Santa Marta y del otro lado, Santa Rita. El “centro neurálgico” se ubicaba un poco antes de donde hoy está el puente, hacia el lado de Escobar.

Había dos comercios emblemáticos, La Clarita y La Cambicha, almacenes de ramos generales donde se conseguía desde el pan, el queso y la carne hasta alpargatas para andar por la tierra. El primero era más familiar, tenía un juego de sapo y una vitrola para que los clientes eligieran la música que más les gustara; sus dueños, Clara y Orfilio Campagnoli, no permitían que se jugara a las cartas para evitar problemas. La Cambicha ya era otra cosa, al atardecer era el lugar de encuentro de los trabajadores del campo y de los hornos de ladrillos para tomar una caña y jugar al truco. Quien quisiera podía quedarse hasta más tarde y relacionarse con alguna mujer. También estaban el almacén de Otto y enfrente el de Enrique Heizer y Elsa, su señora, que llevaba las riendas del negocio. Se comenta que fue él uno de los primeros en llamar a este lugar Loma Verde. Cerca de donde hoy está el cartel del Haras Santa María se encontraba la parada del Chevallier conocida como de

Indalesio Alvarez o La Querencia, era una de las paradas que hacía el colectivo en su trayecto a Capital. El viaje era tan largo que la gente aprovechaba para ir al baño, comer alguna cosa y estirar las piernas.

Así se vivía en aquellos tiempos, en zonas tan alejadas de la ciudad que ni luz había. Cuando se escondía el astro mayor se encendían los faroles a kerosene y las velas.

Con el correr del tiempo, las grandes extensiones de pastizales se fueron loteando. Por su verde, por su silencio y su ritmo lento, fue el lugar elegido por muchos para construir sus espectaculares quintas de fin de semana. Sucedió antes de la aparición de los countries y de los barrios cerrados que hoy se multiplican tras alambrados dobles y guardias de seguridad. Muchas de las personas que habitaron esas quintas en las que solo había que abrir la tranquera y pasar, en el mejor de los casos presentándose a gritos o golpeando las manos, se convirtieron en personalidades de Loma Verde.

Una de las más conocidas fue Don Constantino Pelayo, un apasionado por los equinos que llegó a principios de siglo pasado y adquirió varias hectáreas. En sus tierras construyó gran cantidad de establos, donde dio trabajo a muchísimos lugareños para que se ocupasen de la crianza de sus pingos.

La pasión de Pelayo quedó estampada en el nombre de varias calles del barrio. Ribot y Nigromante eran algunos de sus caballos favoritos. Congreve, Embrujo, Botafogo y Forli recorrieron una y otra vez los llanos y las lomas del Camino del Sol. Tatán, pupilo del Haras Los Cerros, era un campeón; ganó en el hipódromo varios grandes premios, entre ellos el Carlos Pellegrini.

En relación a cómo fueron nombradas el resto de las calles, en la década del '80 se gestó la Sociedad de Fomento de la cual participaban varias personas que ya estaban afincadas en el lugar. Desde allí se decidió que las calles llevaran números por nombres. Olga Mori fue integrante de aquella comisión y contó que como nunca tenían manera de explicar dónde quedaban las calles porque no estaban nombradas, se pusieron en contacto con un ingeniero que hizo un relevamiento de la zona con un mapa con todas las calles de Loma Verde. Presentaron el proyecto al Concejo Deliberante y fue aprobado. Luego se fueron abriendo otras calles que no fueron bautizadas a través de un sistema numérico porque al no ser paralelas se generaba demasiada confusión.

Fue el ingeniero agrónomo Pedro Aboitiz -apasionado por los árboles- quien propuso nombrar las calles de otra manera. Así es que, además de nombres de caballos, están identificadas con infinidad de especies arbóreas: araucarias, magnolias, plátanos, olmos, cerezos, naranjos, duraznos y algarrobos, entre muchas otras. Del lado este de la Panamericana, en el barrio Santa Marta, Ricardo Calvete, por su parte, impulsó la idea de ponerle a las calles nombres de personalidades socialistas.

Si bien Don Pelayo es uno de los más nombrados cuando surgen temas relacionados a la historia de Loma Verde, hubo también otros vecinos a los que todos conocían, como el doctor Viña, los Olivera, la familia Sauster, que tenían una quinta tipo chacra, con pollos y chanchos. Otro vecino, José Simons, en su quinta Los Abedules, era famoso porque producía chanchos para fiambre que utilizaba en su renombrada confitería Steinhauser. También estaba la quinta Los Paraísos, de un señor al que

le decían Belgranito. Atrás, en el valle de San Cristóbal, los Gurmendi. En los terrenos donde hoy están el barrio San Sebastián y Pilar del Este, existía un campo ganadero llamado Estancia del Sol. Manuel Gurmendi lo adquirió para fundar una de las industrias avicultoras más grandes del país.

Loma Verde tiene gran cantidad de sitios que en algún momento de su larga existencia fueron centros neurálgicos de la comunidad. En el siglo XIX probablemente lo fueron los bares, los almacenes de ramos generales, las pulperías y los cascos de estancias. Allí la gente se reunía o se encontraba por casualidad, de boca en boca iban circulando las novedades que acontecían en el pueblo, se enteraban de las noticias, se ayudaban unos a otros y la vida seguía transcurriendo de las tranqueras hacia adentro. Si bien no había luz, alguno que otro tenía teléfono, pero más que nada para comunicarse desde o con Buenos Aires. Según cuentan, el primero en instalar una línea telefónica en su quinta fue Rafael Pérez Roldán, un poderoso empresario español -luego le vendió sus propiedades a Constantino Pelayo-, cuando sus caseros esperaban a su primera hija. Dicen que pagó una fortuna para hacer llegar los cables.

Loma Verde no se formó alrededor de una plaza central, eso que en todos los pueblos y ciudades del mundo funciona como elemento nuclear urbano donde se levantan las edificaciones más representativas del ámbito religioso, político y social. Todo está desperdigado, lejos una cosa de la otra, cortado al medio por el gran río de cemento que es la autopista Panamericana, que integra y a la vez divide.

Hacia 1966 los habitantes sintieron que faltaba algo que para muchos

era fundamental: un espacio religioso propio. No había ninguna iglesia en los alrededores donde la gente pudiera llegar a pie, lo más cercano era Escobar. Los vecinos organizaron una comisión y en un terreno donado por la familia Sauster –sobre la calle Boote- comenzaron las obras de lo que sería la capilla María Inmaculada.

La ayuda llegó de todos lados. Desde el horno de Tomasella vinieron los ladrillos; la familia Gurmendi donó las chapas para los techos; los comerciantes de la zona colaboraron con mercadería; un médico de apellido Cullen hizo las esculturas del vía crucis que adornarían las paredes y el músico Carlos Di Sarli, que tenía quinta en Loma Verde, donó el crucifijo de madera con el Cristo. Cuando las paredes estuvieron levantadas, se organizaron todo tipo de eventos para recaudar fondos.

Los más pequeños se encargaban de vender tarjetas para los grandes asados y locros. Se reunían todos, incluso la gente de las casaquintas, quienes se acercaban con amigos y parientes venidos de Capital. La capilla tuvo su época de gloria con fiestas casi todos los fines de semana. Fue mientras estuvo a cargo de los padres vicentinos que venían del colegio San Vicente de Paul. Los 8 de diciembre se adornaba a la virgen con flores y la llevaban en procesión. Detrás de ella iban los niños de catequesis y las nenas con sus vestiditos blancos.

Pero lo más importante para los feligreses era que había misa cada domingo a las 10 de la mañana. A fines de los '90 la historia cambió, la capilla se quedó sin sacerdote propio y las ceremonias religiosas pasaron a los sábados, cada vez más espaciadas. Hoy apenas si se vislumbra algún movimiento cada tanto. Aquel esplendor que supo tener quedó solo en la memoria de unos pocos testigos.

Al mismo tiempo que se levantaba la capilla, del otro lado de la Panamericana emergía Ciudad Cerruti. Entre tanta naturaleza, es llamativo que una de las cosas que más sorprendan de Loma Verde sean esas dos torres de hormigón que están fosilizadas desde la década del `60. Un par de esqueletos incompletos que pocos saben que se trató de un proyecto que pretendía desarrollar una ciudad faraónica con lujos a los que solo algunos podrían acceder. Por eso muchos lugareños se habían aventurado a invertir sus ahorros en lo que prometía ser un excelente negocio. Pero el ambicioso plan quedó trunco a mitad de camino por cuestiones que aún hoy no están claras. El tema es que ahí quedaron ellas, desentonando con el paisaje, simplemente siendo testigos de los días pasar.

Hasta principios de la década del `70 en una parte de esas construcciones funcionó el motel Los Techos Negros, un emprendimiento que no tuvo mucho éxito y cerró luego de un par de años. Hacia 1973 el Instituto de Servicios Sociales para el Personal Ferroviario se hizo cargo del predio donde comenzó a funcionar un asilo de ancianos para jubilados y pensionados ferroviarios. A finales de los noventa el Instituto se lo vendió a la Empresa Evergreen y se formó la colectividad taiwanesa, que construyó un muro alrededor.

Allí cerquita, entre el fondo del campo de los taiwaneses y la vía, escondida de las miradas casuales, existe uno de los lugares más impactantes de Loma Verde: la tosquera de López. Durante la década del '90, la tierra que se utilizó para la reparación de la Panamericana se sacó de esos terrenos. El resultado es una profunda huella en la tierra, de más de 10 metros de profundidad y alrededor de 200 de largo por 100 de ancho.

Siempre tiene agua en el fondo, que cuando llueve fuerte se torna en laguna, hábitat de infinidad de aves acuáticas: patos sirirís, gallaretas, garzas, biguás y gran cantidad de pájaros.

Loma Verde también tiene sus hitos tradicionales, como la Agrupación Gaucha El Molino, que funciona desde hace once años entre jineteadas, domas, asados con cuero y música folklórica. Festivales que en ocasiones especiales se comparten con la comunidad. Huincul Caru posee una identidad única, mágica y personal que proviene de sus viveros, huertas y de las plantaciones de flores. De allí todavía brotan aromas, colores y sabores.

La localidad tiene otras decenas de lugares atractivos, de historias que aún no fueron contadas y quizás ni siquiera descubiertas. Un sinfín de personajes que pisaron estas tierras dejando su rastro tras de sí. Y sobre todo, un futuro promisorio que con el tiempo se develará.



A OSCURAS

El pueblo crecía, la gente que llegaba elegía quedarse, montar sus negocios o emprendimientos para generarse un sustento e incluso para formar una familia. Pero la realidad era que Loma Verde carecía de un suministro esencial para la vida moderna: la energía eléctrica.

Vivir sin luz para algunos era una aventura; para otros, algo cotidiano; y para la mayoría, un verdadero dolor de cabeza. Una complicación que tornaba engorrosa la realización de cualquier tarea. Una carencia que ya no era tolerable en pleno siglo XX. Sin energía eléctrica, hablar de progreso en Loma Verde era una contradicción absoluta.

Era la belleza de este pueblo que enamoraba lo que hacía que, a pesar de la adversidad y los sacrificios que significaban vivir en él, muchos igualmente se quedaran. Personas dispuestas a pasar por alto el hecho de vivir sin luz con tal de permanecer en este sitio de ensueño.

Un ejemplo es Don Roberto Enrique Bonfanti, que llegó en la década del cuarenta. Aseguraba que el aire lomaverdense era distinto al del

resto de los lugares. Aquí instaló su quinta La Verde y desde entonces buscaba los huecos en la rutina para poder visitar su pequeño paraíso. Él vivía en Boedo y fue director de un laboratorio de especialidades medicinales durante 45 años, pero lo que más quería era pasar tiempo en la quinta cuidando de sus plantas.

Sin embargo, en esas visitas a La Verde no había mucho descanso, la incomodidad de no tener energía eléctrica complicaba los quehaceres cotidianos. El agua, tanto para el riego, la pileta o la casa, venía de un motor Kohler naftero de seis caballos que se arrancaba a sogá; había que tener una fuerza bruta para que respondiera.

La heladera era a kerosene y solo enfriaba si se lograba nivelarla con precisión y maña, valiéndose de viejos boletos de tren, que en esa época eran todavía de cartón. La estufa era también a kerosene y la casa se iluminaba con sol de noche, aquellos farolitos poco prácticos a los que siempre se les quemaba la camisa. El yuyal se mantenía a raya con un lanzallamas y el resto del día lo tenía ocupado cortando la cantidad infinita de leña que se necesitaba para poder cocinar en el horno de barro.

Algunos trabajadores de las chacras recuerdan que en los 40' no existía la ruta 9, sólo había campo. Ni siquiera tenían árboles, con lo cual tampoco contaban con leña en algunas áreas. Para calentar los hornos de barro usaban cardos secos.

Otro importante testimonio de la época es el de los Stronati que llegaron a la zona en 1966. Dino Stronati se dedicaba al cultivo de claveles en Villa Ballester. Le iba muy bien, por lo cual tuvo la necesidad de expandirse.

En cuanto pudo compró tierras en Loma Verde, aun sabiendo que la falta de energía eléctrica iba a complicar muchísimo el trabajo. Su hijo, Oscar, tenía 22 años cuando se asentaron aquí para trabajar la tierra. La idea de llegar a un lugar nuevo para ampliar el negocio, a pesar del esfuerzo, lo entusiasmó inmediatamente.

La familia Stronati vino con otros tres floricultores con los que pudieran repartir los gastos. Instalaron un equipo generador, un extractor de agua y pusieron manos a la obra. Sin embargo, al principio fue muy duro, ya que el equipo se prendía cuando necesitaban agua y no cuando necesitaban electricidad y viceversa. Mantenerlo era muy caro y no podían tenerlo generando luz constantemente. Oscar se había instalado una cama en el cultivo para dormir junto a sus claveles y asegurarse que durante la noche el ambiente se mantuviera en óptimas condiciones. Tanto él como su padre vivían con angustia la espera de la electricidad, uno de los motivos por los cuales habían decidido la mudanza a Loma Verde para hacer crecer el negocio era la promesa de que la energía eléctrica llegaría muy pronto. Pero no fue así. En ese momento tenían 40 personas a su cargo trabajando en el cultivo. Por momentos la situación era tan desesperante que hasta llegaron a pensar en levantar campamento e instalarse en otra parte.

La vida de todos era muy diferente, incluso la de los niños. Ricardo Reta, que vivió toda su infancia en Loma Verde, recuerda que no sabía lo que era un televisor ni una heladera o un teléfono. Para iluminar las casas usaban faroles a kerosene, velas o soles de noche.

Febo era el director de orquesta de la vida lomaverdense. Según el mismo Ricardo recordó: “Éramos como las gallinas, cuando bajaba el sol

había que ir a dormir”. La realidad es que no se podía estar forzando la vista a la luz de la vela porque era perjudicial para los ojos. Por eso Ricardo aseguraba que al volver del colegio hacían los deberes temprano y después de comer se metían en la cama. Muchas veces ya a las siete de la tarde se acostaban. Si bien algunas familias tenían grupo electrógeno, no era el caso de los Reta. En ese momento la electricidad llegaba hasta los alrededores del kilómetro 51, por lo que la luz los rodeaba pero ellos vivían en pleno campo y a oscuras. Ricardo recordó con algo de nostalgia: “Era una vida de aventura”.

Pero la floricultura no era el único trabajo que se llevaba a cabo de forma distinta a la tradicional debido a la falta de electricidad; otros, pensándolos desde la actualidad, parecen imposibles que pudieran haberse siquiera realizado. Héctor Gaitán fue carnicero en Loma Verde y vivió más de treinta años sin luz. Para él y su familia era algo normal, porque no sabían nada de la vida con electricidad. Ni la conocían. Iluminaban todo con sol de noche y en el negocio tenían una heladera grande que funcionaba con baterías. La carne se cortaba a mano, con una sierra. Había que ser fuerte y darse maña, porque las máquinas eléctricas para lograr buenos cortes de res no eran más que una fantasía en ese entonces.

Liliana Campagnoli, hija de los dueños del almacén de ramos generales La Clarita, contó que ellos habían comprado un motor porque sí o sí tenían que hacer funcionar la heladera y que también iluminaban con sol de noche, con camisa y a kerosene. Aseguró que así “vivía bárbaro” y hasta podía cargar baterías para escuchar la radio.

Por su parte, Rodolfo Mc Ewan, que conoció Loma Verde hacia 1947 y

años después su familia construyó una casita sobre la calle Los Cerros, contó que su abuelo había fabricado una de aquellas famosas fiambreras con sus habilidosas manos. “Era una especie de cajón con paredes de alambre tipo mosquitero, que permitía tener frescos los alimentos sin que fueran atacados por insectos. Además, había revestido con zinc el interior de otro cajón, en el fondo colocaba un cuarto de barra de hielo, encima una reja y sobre ella los productos a mantener fríos: carne, leche, manteca”.

A pesar de los inconvenientes, sobran los nostálgicos recuerdos de lo simple y tranquila de aquella vida. Los faroles, las velas y los soles de noche; las corridas al frigorífico El Polo Sur, en 25 de Mayo y Sarmiento, en Escobar, para buscar las barras de hielo que enfriaban las heladeras; el riego y el acceso al agua con ruidosos motores nafteros; cortar la leña a hachazos hasta que las manos se llenaban de callos duros.

Parecía mentira en ese entonces, que a pocos kilómetros de allí, en Belén de Escobar, había gente mirando la televisión, enfriando su comida con heladeras eléctricas y accediendo a la luz en casa con sólo tocar un botón.



GÉNESIS

Hace cincuenta años, en medio de tantas vicisitudes que se vivían a diario por la falta de luz, Loma Verde logró organizarse para sacar adelante un cometido que parecía titánico: llevar la energía eléctrica hasta cada una de las casas. Para ello se creó una Cooperativa que se transformó en algo mucho más grande que una empresa de electricidad. Se convirtió en un lugar de referencia, en un espacio de debate, de encuentro y de concreción de hechos que ya habían sido pensados cuando fue fundada.

La reunión comenzó a las 10.30 de la mañana “en el local del centro histórico misional sito en ruta nacional 9, kilómetro 56, lado oeste”, según consta en el primer libro de actas. El objetivo era conformar una cooperativa para que finalmente Loma Verde pudiera disfrutar del invento creado por Benjamin Franklin.

La Comisión Provisional Pro Cooperativa Limitada de Consumo Popular de Electricidad y Servicios Anexos de Escobar Norte estaba integrada por Sebastián Bonfanti, Horacio Rossi, Agustín Godnic, Orfilio Campagnoli, Estanislao Crarnocki, Juan José Díaz Moreno, Eduardo Steimbrecher,

Tomás Nervegna, Ariel Antonio Retta y Luis Santor. Son los que pasarían a la historia como los verdaderos fundadores; quienes sellaron con su firma el cierre de aquella reunión inaugural. Pero los vecinos presentes esa mañana del 2 de noviembre de 1969 en la Capilla de la Inmaculada Concepción fueron muchos más.

Además de proveer de energía eléctrica, en el acta fundacional la Cooperativa se comprometía a ofrecer otros servicios: "Tareas: a) Son propósitos de la Cooperativa proveer energía eléctrica destinada al uso particular y público, comprendiendo tanto el servicio urbano como la electrificación rural. A tales efectos podrá adquirirla o generarla, introducirla, transformarla y distribuirla. B) Prestar otros servicios, como el del hielo, cámaras frigoríficas, aguas corrientes, gas, teléfonos, construcción de obras de pavimentación, desagües y otros servicios u obras que promuevan el bienestar de los asociados y la comunidad".

Sin embargo, la historia no comenzó ese día sino unos años antes y la luz no se encendería hasta unos cuantos años después. A mediados de la década del `60, Don Roberto Enrique Bonfanti, un poblador de la zona que sufría a diario por las desventajas de no tener energía eléctrica, viajó a Carlos Casares donde tenía que instalar un secadero de alfalfa en pleno campo. Iba con la idea de que en aquel paraje remoto tampoco habría electricidad, pero cuando llegó al establecimiento se asombró enormemente al ver que a más de veinticinco kilómetros del casco céntrico sí había luz eléctrica.

Cuando regresó a su Loma Verde querida, le comentó a su hermano Sebastián, a quien todos conocían por el apodo de "Tato" y era el dueño de la quinta La Marianita, frente a La Cambicha, que allí, en Carlos Casares,

habían conformado una cooperativa a través de la cual los habitantes del pueblo lograron llevar la luz. “Tato”, quien tiempo después sería el primer presidente de la Cooperativa, no perdió tiempo ni se quedó de brazos cruzados; muy por el contrario, comenzó con sus innumerables viajes a La Plata para hacer averiguaciones e hizo todos los trámites habidos y por haber en la Municipalidad de Escobar. Iba propagando la idea por el pueblo y sumando adeptos a la causa.

Claro que ese no fue el primer intento. Las infructuosas visitas a SEGBA reclamando el servicio ya se contaban por docenas, pero la respuesta era siempre la misma: la empresa estatal de electricidad se negaba a traer la luz porque había que hacer un tendido de cables muy extenso, pasando por muchos lugares donde no había población. En otras palabras, el negocio no les resultaba rentable.

Pero la esperanza renació con la nueva posibilidad. El sueño podría convertirse en realidad y la vida en algo más sencillo e incluso más productivo, ya que la energía eléctrica también permitiría expandir negocios, abrir nuevos, facilitar el funcionamiento de los ya existentes y acercarse a la gran cantidad de beneficios que la vida moderna con luz tenía para ofrecer. Los vecinos comenzaron a ver con buenos ojos la idea de formar una Cooperativa.

De hecho, mucho de ellos eran cooperativistas y comulgaban con esa definición que dice que una cooperativa “es una asociación autónoma de personas que voluntariamente se juntan para hacer frente a sus aspiraciones y necesidades de toda índole, ya sean sociales, económicas o culturales”. Sus cimientos fundamentales son la igualdad, la equidad, la solidaridad, la responsabilidad y la democracia.

Siguiendo estos cinco valores comenzaron a realizarse las primeras reuniones en las casas de los integrantes de la comisión, la mayoría imponentes quintas lomaverdenses. Así las recordaba Mariana Payró, quien fuera secretaria en aquel momento y la encargada ordenar papeles, organizar horarios, convocar a las reuniones y registrar los acontecimientos importantes. “Los primeros encuentros se hacían en casas particulares, porque éramos pocos. La casa de Simons, la de Pelayo, que eran mansiones hermosas; a la de Cullen, que quizás era la más linda de todas, y a mí me encantaba porque tenía muchas obras de arte extraordinarias, como quedaba muy lejos, y la calle Boote era de tierra y muy poceada, la dejábamos como última opción”, rememoró.

Por su parte, Ricardo Reta, recordó que su padre, Ariel, uno de los fundadores de la Cooperativa, siempre contaba que a veces se juntaban en el sótano de una casa donde funcionaba la bodega, debajo de las caballerizas. “Estaban calentitos en el invierno, había un hogar, pero lo gracioso era que se sentían los pasos de los caballos sobre sus cabezas, en el techo”. Pero como muchos de ellos vivían en Capital durante la semana, José Simons, otro de los socios fundadores, había prestado una oficina para que las reuniones también pudieran realizarse allí.

Una vez que la Cooperativa estuvo conformada, los asistentes a esas reuniones fueron muchos más. Ya no solo eran los de la comisión fundadora sino que más de cincuenta accionistas comenzaron a involucrarse y a ser parte de la repartición de tareas. Equipo técnico, equipo contable, equipo de atención al público, interminables ocupaciones que cumplían ad honorem, en muchos casos aportando dinero sabiendo que recuperarlo iba a ser más dificultoso que dejarlo

ir. Y solos, porque lo del “equipo” es una manera de decir; generalmente el trabajo era en solitario, entre huecos robados a los negocios propios y a la familia, en fin de semana, feriados y Navidad.

Cuando los interesados comenzaron a crecer en número, los encuentros requerían de espacios mayores que los que ofrecían las casas: La Querencia, que tenía un salón bien grande para recibirlos a todos; La Clarita, que le quedaba a mano a quienes vivían en el pueblo, y Pretty Polly, que se encontraba donde actualmente está el hotel Howard Johnson, fueron los lugares más utilizados.

A través de los años, muchos de los participantes de las reuniones preparatorias han contado que en esas oportunidades se discutía mucho. Era interesante ver el choque de personalidades y de intereses que existía entre los promotores de la Cooperativa, ya que se mezclaban profesionales de gran nivel cultural, adinerados y vecinos humildes.

Payró señalaba: “Obviamente, en Loma Verde había personas muy adineradas, que tenían casas de fin de semana, que querían ser los primeros en tener el beneficio de la electricidad, pero también en el barrio había trabajadores, gente muy humilde, para los cuales el progreso que significó contar con el servicio fue mucho más importante para sus vidas cotidianas que para los que venían a disfrutar de un buen asado los fines de semana”.

La más grande satisfacción fue que cuando finalmente llegó la electricidad, no hubo privilegios para nadie y todos fueron iguales; llegó al mismo tiempo a las grandes quintas que a los hogares de familias trabajadoras.

Fue arduo el trabajo hasta llegar a aquel 2 de noviembre. Aunque quizá el trabajo más duro vino luego. Porque incluso mucho después de conformada la Cooperativa los trámites debieron seguir, había que armar un plan, llegar con el proyecto a todos y cada uno de los pobladores. A falta de medios de comunicación -ni siquiera había teléfonos-, las comunicaciones se hacían a través de avisos en alguno de los diarios escobarenses, que no todos recibían ni compraban, o mediante un megáfono colocado en un viejo vehículo que recorría hasta las calles más intransitables y recónditas avisando que la luz iba a llegar a Loma Verde y que se necesitaba de la colaboración de todos para avanzar. Había que ganarse la confianza de los futuros socios y comenzar a cobrar las cuotas.

Cada uno puso su granito de arena para colaborar. Liliana Campagnoli, hija de Orfilio Campagnoli, dueño de La Clarita, el almacén de ramos generales que durante algún tiempo fue sede de la Cooperativa, contó: "Mi papá salió volando a hacer socios. Como conocía a todo el mundo, conseguía lo que quería. Lo primero que hizo fue buscar a su compadre, Vicente Ferraro. '¡Compadre, vamos a tener la luz, vamos a tener la luz, asociate!!', le dijo. Por eso Ferraro fue el socio número uno. Siguió corriendo de acá para allá haciendo socios, a mí me mandaba en bicicleta a tomarles la palabra a los vecinos, pero él se había olvidado de anotarse, así que fue el socio número 52".

Marina "Nury" Petrella de Alderete, quien fuera directora de la Escuela Primaria N°3 durante 30 años, también trabajó por casi dos décadas en la Cooperativa. Fue una de las que integró la primera camada y así recordó aquellos tiempos: "Éramos todos vecinos que peleábamos para

tener luz, para que Loma Verde salga adelante. Trabajamos todos los días, nos juntábamos los domingos a la tarde, que era el único día libre, y poníamos todo solamente por amor al lugar en que vivíamos”.

A los 18 años, Stella Maris Weber ofició de primera secretaria “formal” de la Cooperativa. “Lo primero que se hizo fue un censo donde se levantaron firmas para saber cuántos estaban de acuerdo en pagar una cuota mensual para tener electricidad. Obviamente, todos queríamos la luz, pero había gente con temor a pagar y ser estafada, como tantas veces pasa. Por suerte nada de eso sucedió y todo salió muy bien”, afirmó. Ella fue quien se encargó de hacer socios nuevos. A quienes se acercaban pidiendo información les explicaba que iban a sacar un préstamo para hacer la línea y que los socios tenían que pagar ese préstamo con una cuota mensual. Mari llenaba una ficha con los datos de la persona y atendía al siguiente.

El equipo técnico que se estaba conformando entre los de la comisión también hacía lo suyo, a pulmón, utilizando todas las herramientas que estaban a la mano, que no eran muchas pero sí las suficientes para llevar adelante el plan. En una de las primeras actas está descripta una imagen que habla por sí misma: “Hay un equipo a cargo del ingeniero Cingolani, enviado por el ingeniero Láinz, que trabaja sobre planos hechos según las fotos del INTA, a fin de efectuar un prolijo relevamiento de la zona y establecer exactamente su perímetro. En el primer intento el equipo llegó a La Querencia, bajo una lluvia torrencial, y tuvo que regresar a La Plata sin comenzar el trabajo. La segunda vez se tuvo más suerte y salieron repartidos los cinco enviados del ingeniero Láinz, en el Rastrojero de Steimbrecher, la camioneta de Pelayo y el auto en que viajaron desde La

Plata. Godnic en su coche con Campagnoli, paralelamente al relevamiento de la zona, visitaron el vecindario con boletas de suscripción y censo. Steimbretcher, con dos miembros del equipo de Láinz, recorrió desde el km 51 al 53, el dibujante del equipo con la camioneta de Pelayo recorrió el 54, y el ingeniero Cingolani con Bonfanti se ocuparon de la zona comprendida entre el km 55 y subsiguientes”.

Dicen que hay que ver para creer. Y algo de cierto debe haber en esa frase, porque en cuanto los habitantes de Loma Verde vieron que era posible tener electricidad y que, de hecho, ya estaba muy cerca, empezaron a hacerse socios casi de forma masiva. Nadie quería perderse la oportunidad de cambiar su estilo de vida por otro mucho mejor y más confortable.

Eduardo Steimbretcher fue otro de los socios fundadores y contaba que lo difícil no fue armar la Cooperativa sino la cantidad de trámites interminables que tuvieron que hacer. El principal fue presentar el proyecto en la Comisión Nacional de Energía. “Pedimos créditos y nos financiaron el 80% de las obras. Tuvimos que planificar bien todo. Calcular la cantidad de vecinos y la cantidad de energía que íbamos a necesitar, cómo la íbamos a transportar, cuánto cable necesitábamos, etcétera. El proyecto estaba muy bien armado. Lo hizo el ingeniero Juan Salvador Mazza, que sabía mucho del tema. Los de la Comisión Nacional de Energía nos prestaron la plata para construir la infraestructura necesaria para empezar. El crédito era a pagar en 15 años, pero ya a los 9 habíamos pagado todo”.

Oscar Stronati, quien también fue un integrante de la primera ola, aseguró que todos los que participaban de la comisión directiva se

habían hecho cargo del pago de las abultadísimas cuotas. “Si se llegaba a fundir la Cooperativa, arrastraba a todos los que tuvieran una firma. Pero nos salvó la inflación y que en ese momento no había cláusulas de reajuste. Las primeras cuotas fueron un sacrificio enorme y en las últimas ya nos llamaron para decirnos que cancelemos porque era más caro hacer la planilla y enviarla que lo que había que pagar. Y así lo hicimos. En realidad teníamos la plata ahorrada, porque todo lo que juntábamos era para comprar cosas. Por cada cinco postes instalados, había dos guardados; por cada dos transformadores, había uno guardado y lo mismo con los metros de cable”, apuntó.

Clavar los postes, levantar los primeros pilares y realizar los tendidos de cables no fue una tarea para nada fácil. Además de que había que empezar de cero, los caminos estaban anegados, caía una lluvia y el trabajo se detenía por días, a veces semanas. Debían transitar camiones de gran magnitud cargados con muchísimo peso. Los quinteros daban una mano con sus tractores cada vez que podían. Era un trabajo mancomunado con un objetivo que era igual de importante para todos: tener luz.

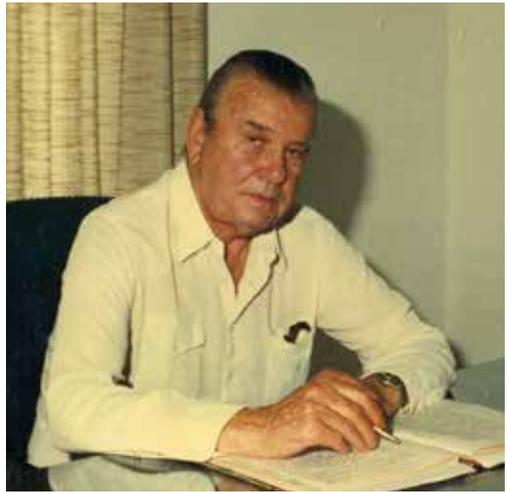
La primera vez que se encendieron las luces en Loma Verde fue en 1973, en una fiesta de fin de año que se realizó en la Escuela Primaria N°3. En la extensa historia de este pueblo ese fue, quizás, el suceso más relevante que aconteció desde que comenzaron a levantarse las primeras casas hasta hoy. Incluso más importante que haber sido declarada la sexta localidad del partido de Escobar en 2017. Algunas personas, sobre todo los chicos, habían nacido sin conocer la energía eléctrica. No tenían idea de lo que era que llegara la noche y que la vida

siguiera como si nada con simplemente apretar una tecla. Ver el rostro del otro bajo la luz artificial durante la cena, leer antes de dormir con una luz clara, que los alimentos se mantuvieran sin estragarse en un frío continuo sin miedo a que las altas temperaturas derritieran con rapidez las barras de hielo.

Fue una tarde noche memorable, una fecha que quedó marcada a fuego. Nadie quiso perderse el espectáculo. Cuando se encendió esa primera lamparita, frente a los ojos atónitos de los más incrédulos y el orgullo brotando por los poros de los que trabajaron con tanta garra para hacer ese momento posible, el aplauso fue instantáneo, fuerte y sostenido. La alegría era inmensa. La vida de los lomaverdenses había cambiado para siempre.

Claro que no todo fue tan sencillo, porque antes de que llegara la luz, las casas habían sido construidas sin instalaciones eléctricas. Hubo que hacerlas. Las personas debieron cambiar los viejos hábitos y costumbres de la rutina a oscuras por aparatos que funcionaban bajo estándares totalmente distintos. Todo se fue haciendo, de a poco. No dejaban de ser detalles, lo más importante ya se había logrado. Años de trabajo y esfuerzo para que se haga la luz.















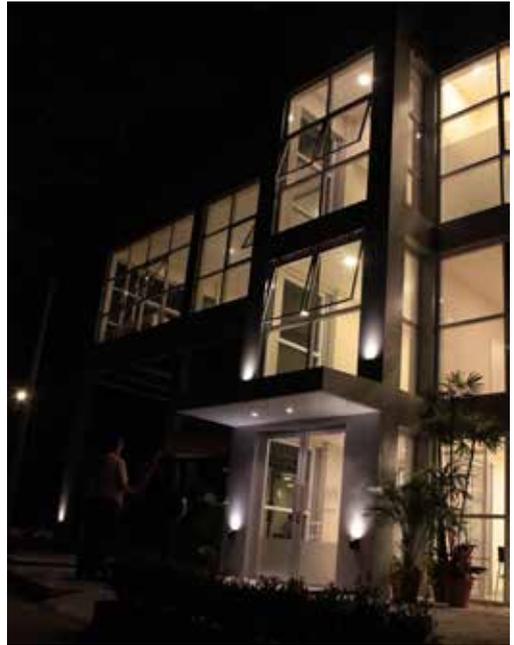


















ILUMINADOS

En aquella fiesta de fin de año, el test experimental de la iluminación se realizó en la Escuela N°3 Ricardo Rojas y en la sede de la Cooperativa. Las lamparitas se encendieron, se mantuvieron un rato, todos celebraron el momento histórico con mucha emoción pero, al volver a casa, la situación continuaba como la noche anterior, sin luz.

Lo cierto es que la tarea apenas comenzaba. Lo más duro todavía estaba por venir. Extender líneas, cobrarlas, instalarlas con apenas la ayuda de alguna maquinaria obsoleta, sortear las inclemencias del clima, convencer a los vecinos de que no se trataba de una estafa sino de una propuesta real. Explicarles las ideas del cooperativismo y que las creyeran.

Con la llegada de la electricidad también llegó el trabajo a Loma Verde. Decenas de puestos se abrieron con el objetivo de construir la infraestructura necesaria para distribuir la energía a toda la comunidad. Los miembros de la Cooperativa intentaban extender y mantener el servicio eléctrico en la zona contra viento y marea, aun contando con pocos recursos.

Antonio Alegre, que en 1985 comenzó a trabajar de operario en la Cooperativa, recordó que en ese entonces eran cuatro trabajadores que se movían en una camioneta y un Jeep. Así recorrían toda Loma Verde ocupándose del mantenimiento de los cables. Realizaban el trabajo utilizando su propia fuerza, ya que aun no tenían grúa ni máquinas cavadoras. Debían cargar al hombro los postes, que pesaban cincuenta kilos, hasta la camioneta para poder trasladarlos, y el pozo donde se afirmaban tenían que hacerlo a mano.

En ese entonces, las redes de electricidad estaban compuestas sólo por una línea madre. Con lo cual cada vez que se cortaba la luz los operarios tenían que rastrearla íntegramente hasta dar con el desperfecto. Luchaban con una pinza, a veces en medio de tormentas, con el agua hasta la cintura. Con los años se incorporaron seccionadores que indican dónde está la avería y la solución llega mucho más rápido.

En medio de los contratiempos había que seguir avanzando. Llegar con la luz a las zonas más recónditas e iluminar las calles. Algunos vecinos lo hacían pagando de su bolsillo un farol que iluminara la vereda. A veces esa era la única luz en varias cuadradas. El trabajo continuo logró finalmente hacer llegar la luz a todo el pueblo. La Cooperativa se fortaleció como institución, el pasado fue quedando atrás. Con el paso de los años llegó el tan ansiado futuro y con él, el progreso.

La Cooperativa y la tecnología fueron siempre de la mano, hasta en las cosas más simples. El ex gerente Arturo Carboni resaltó el hecho de que fuera una empresa pionera en Escobar al utilizar la informática como elemento de trabajo. “Tenía una de las primeras computadoras de mesa que se usaron acá”. Ese hecho ya mostraba un gran avance

para la época, y escribía las primeras líneas de una historia que seguiría a través del tiempo.

Durante su paso por la Cooperativa, Carboni compartió su trabajo con tres presidentes: el doctor Martín Cullen, el ingeniero Antonio Ruiz y Raúl Lo Nigro, actualmente en ejercicio. “Cuanto más aprendía, más me gustaba, a pesar de ser un trabajo administrativo, que suele ser bastante chato. Pasé de manejar dinero a involucrarme con la electricidad. Era todo nuevo, y como tal representaba un desafío”, sostuvo.

Los desafíos siguieron siendo muchos; uno de los más turbulentos se dio durante la presidencia de Antonio Ruiz, quien estuvo en el cargo desde 1991 a 2005. Sucedió cuando la empresa SEGBA fue privatizada y transferida a manos de Edenor, que intentó tomar el control de la Cooperativa. Evitarlo fue arduo para Ruiz.

“Lo que hizo cuando se privatizó SEGBA fue tremendo, una pelea titánica. Hubo cooperativas que quedaron afuera por la privatización. Ruiz se dedicó fundamentalmente a que la Provincia reconociera el área de concesión de la Cooperativa, eso llevó muchísimo tiempo”, aseguró Carboni al recordar aquellos tiempos.

Hoy el gerente es Fernando Demianiuk y, si bien los sistemas están mucho más aceitados que en el pasado, también hay que correr con ciertos temas para que el engranaje funcione a la perfección. Entre las funciones del gerente está cumplir con los pagos a tiempo, sobre todo al mayor proveedor de la Cooperativa, que es Edenor, a quien se le compra la energía para luego distribuirla. “El día 5 vence la factura y si nos retrasamos solo un día en el pago, automáticamente nos cobran un

10% de multa, algo que significaría una pérdida enorme”, reveló. En ocho o diez días se realiza la toma de estado de los clientes, es un tiempo en que todo tiene que funcionar como un perfecto rompecabezas para poder facturar, enviar las boletas y cobrarlas a tiempo.

Pero el trabajo de la Cooperativa no termina ahí, el mantenimiento de la red es permanente. Actualmente se reemplazan los postes de madera por columnas de hormigón y las líneas de BT convencionales por pre-ensamblado, que tiene mayor durabilidad.

La poda de los árboles es también un trabajo de casi todos los días, los cortes de luz suelen generarse por gigantescas ramas que caen sobre los cables, produciendo destrozos en la línea. En épocas de tormentas el peligro es inminente. Aunque es una tarea de la cual deberían ocuparse los frentistas, generalmente es la Cooperativa la que lo realiza, ya que mucha gente no se compromete con el cuidado que debería darle a sus árboles.

En lo que a modernización se refiere, no caben dudas que ya en pleno siglo XXI las formas de obtener energía están cambiando. La búsqueda de maneras más sustentables de generarla es una preocupación permanente de las autoridades de la institución. En ese sentido, el primer paso fue dado en 2018 con los 16 paneles solares que se instalaron sobre el techo de la Biblioteca 20 de Junio. Si bien es una cantidad ínfima para el volumen de consumo de los más de tres mil usuarios de la localidad, se trata de una prueba piloto que servirá de base para un futuro desarrollo. Estos paneles toman la energía luminosa del sol a través de un convertidor que la conduce a un medidor que la inyecta directamente a la red eléctrica. Se calcula que generan 5 kw por hora.

Una de las grandes ventajas es que la energía se produce en el mismo lugar en que se consume, por lo tanto se ahorra todo el gasto de transporte de la electricidad, la infraestructura, el mantenimiento y las fugas de energía que se dan en el camino entre la central generadora y el enchufe, que son de entre el 8 y el 15%.

Mucho tiempo antes, en 2009, la Cooperativa se propuso otro gran reto: traer el gas natural a Loma Verde. La entidad se convirtió en agente de financiación y contrató a la empresa Ingalfa para llevar a cabo una obra por tramos, que dependía de la adhesión de los frentistas. Si no, resultaba muy caro para quienes se encontraban en los lugares más alejados.

“Es algo que tiene que autofinanciarse y por eso es tan importante que para que el gas les llegue a los que están lejos, los que están cerca empiecen a pagarlo. Pero hay gente a la que no le interesa o no lo puede pagar. Ahí, de verdad, hay que hacer un trabajo social para que muchos entiendan que tienen que hacerse cargo del tendido del otro”, decía la vocal Isabel Silberstein mientras aquél proceso se estaba llevando a cabo.

Pero eso no fue todo. Además del gas y la electricidad, la Cooperativa se puso al hombro el proyecto de traer Internet a Loma Verde. Al principio parecía una idea demasiado ambiciosa e imposible de cumplir, pero poco a poco la comunidad pudo navegar en la web. El plan se inició a mediados de 2009 y avanzó en 2010. Después de un largo debate, la Cooperativa se decidió por la empresa Metrotel como abastecedora del servicio. En un principio las opciones iban de 1 a 3 megas, la conexión se cortaba, era lenta y problemática. El objetivo fue superarse; desde

hace dos años se ofrecen servicios con velocidades de hasta 12 megas. Esto sucedió gracias a la construcción de una red troncal de fibra óptica propia, que tuvo inicialmente una extensión de 7 kilómetros y actualmente llega a los 40 kilómetros.

El concretar las metas que se propone es una de las características que marcó a la Cooperativa Eléctrica Escobar Norte en su medio siglo de existencia: la luz, el gas, Internet, la sala de primeros auxilios, la biblioteca, el primer jardín de infantes. El crecimiento ha sido incesante, pero hay una conquista en particular que tiene un lugar muy especial en el corazón de la asociación: haber inaugurado su nueva sede social después de seis años de construcción. Una merecida caricia la de tener un hogar donde recibir a sus asociados con la mayor de las comodidades.

La sede fue inaugurada el 27 de abril de 2018. El magnífico edificio está ubicado en la esquina de Colectora Este y calle 119. El terreno, con una ubicación privilegiada y a metros de las antiguas oficinas, fue adquirido en 1994. Pero la obra recién comenzó en 2012. Fue un proceso en el que hubo que apelar a la paciencia, a la confianza de saber que, haciendo las cosas bien, todo llega. A pesar de los vaivenes económicos, políticos y propios. La obra fue lenta, la recompensa enorme.

El edificio tiene tres pisos a los que se puede acceder por escalera o ascensor. En la planta baja están el área de atención al público, las oficinas administrativas y el despacho de la presidencia y de la gerencia. En el primero hay más oficinas y en el segundo, la sala de reuniones del Consejo de Administración y un gran auditorio con capacidad para 300 personas, equipado con todo lo necesario para llevar a cabo distintos tipos de eventos.

Cada sala lleva por nombre a hombres relevantes en la historia de la Cooperativa: Constantino Pelayo, Sebastián Bonfanti, Eduardo Steimbretcher y Antonio Ruiz. A su vez, en la entrada principal hay una placa con menciones de todos los hombres y mujeres que han sido parte de la institución.

La Cooperativa vivió varias mudanzas en sus años de vida, pero cuando finalmente surgió el proyecto de construir el edificio definitivo tuvo que armarse de paciencia y trabajar la perseverancia más de un lustro hasta que pudo abrir sus puertas. Después de tantos años de brindar luz, abrigo y conexión a la comunidad lomaverdense, tener un espacio propio no es un logro más. Ese gran orgullo vidriado de la calle 119 es el símbolo de que la Cooperativa nunca dejará de crecer.





EXPANSIÓN

Lo que diferencia a un grupo de gente que vive en un mismo lugar de una verdadera comunidad son los espacios de encuentro, de aprendizaje y de acercarse y conocerse unos a otros. Aquellos lugares de pertenencia que contienen en todas las etapas de la vida, tanto de pequeños como de viejitos. Que brindan tranquilidad y cuidado. En definitiva, los ámbitos que hacen que las personas se sientan parte de algo más grande que el núcleo familiar.

De crear y construir esos ámbitos también se encargó la Cooperativa, con entusiasmo pero sobre todo con mucho amor y espíritu de solidaridad hacia su comunidad. Sabiendo que mejorar la calidad de vida no es solo tener electricidad en el hogar, también lo es tener mejor acceso a la educación, a la salud y a la recreación. La biblioteca, el jardín de infantes, la sala de primeros auxilios y el centro de adultos mayores nacieron de esas premisas. También de inmensos esfuerzos, de sueños que parecían imposibles pero que con esfuerzo lograron concretarse.

A cuatro años de conformada la Cooperativa se vislumbró que Loma Verde carecía de otro servicio fundamental: la atención médica. Por eso la comisión

de aquel momento decidió donar uno de los edificios que había adquirido, frente a su vieja sede, para que sea utilizado como sala de primeros auxilios. En junio de 1973 se abrieron sus puertas y por primera vez los lugareños tuvieron un lugar donde ir a consultar por sus problemas de salud.

En el acta del 1º de julio de ese año se dejó asentada su apertura: “El presidente informa sobre la inauguración de la sala de primeros auxilios, instalada en el local de propiedad de la Cooperativa. Estuvieron presentes la Secretaria de Asistencia Social del partido de Escobar, doctora Velazco, integrantes de la Junta de Progreso Vecinal y delegados de la Juventud Peronista. La sala funcionará con la colaboración de la doctora Velazco y las organizaciones mencionadas, prestando servicios gratuitos al vecindario”.

Acondicionar el terreno y el espacio no fue fácil. Eduardo Steimbretcher, uno de los fundadores de la Cooperativa, recordó que tuvieron que rellenar un metro de lote para que no se inundara y que años después aun se notaba la pendiente hacia la calle. Al principio fueron dos consultorios y una sala de espera. Las donaciones llegaban por cuenta gotas, una estufa, una garrafa, un sofá. Ángel Ferraro fue el primer médico que atendió en la salita. Lo hizo durante algunos años, pero después renunció porque consideró que la inversión de tiempo que le demandaba el trabajo no era retribuida con un sueldo justo. Eso también está expuesto en las actas. Su reemplazante fue Antonio Loberto, quien mantuvo el puesto durante muchos años.

En cuanto la Cooperativa tuvo más recursos, decidió pagar medio sueldo extra a los profesionales para que nunca faltaran médicos en la salita. Con ese incentivo siempre había personal con ganas de trabajar. Desde entonces fue creciendo en paralelo con la comunidad, ya que al estar

disponible una sala de primeros auxilios la gente se sentía más segura a la hora de pensar en asentarse en Loma Verde.

Stella Maris Weber, además de secretaria de la Cooperativa, fue la primera enfermera del pueblo. Comenzó a formarse a los 15 años, cuando hubo una epidemia de bronconeumonía en Escobar y no había enfermeras que aplicaran inyecciones. “Conocía a un médico que sabía que yo quería hacer prácticas de enfermería. En ese momento de necesidad me vino a buscar a mi casa y me llevó al hospital, donde tuve que ponerme a trabajar. Estuve dos años haciendo prácticas y trabajando. Después trabajé con otros médicos en Escobar hasta que conocí a la gente de la Cooperativa y finalmente me trajeron como secretaria”.

Cuando se inauguró la salita en Loma Verde, Mari hacía las dos cosas juntas, pero después de un tiempo decidió que era momento de dedicarse a lo que realmente le gustaba. Dejó la Cooperativa para volcarse full time a las curaciones, tomar la presión y aplicar inyecciones, entre muchas otras cosas.

Las consultas en la salita fueron creciendo al mismo ritmo que aumentaba la población. Ampliarse era una necesidad. Rápidamente se fueron sumando consultas y, por lo tanto, sumando especializaciones. Claro que en sus 44 años de historia pasaron por allí infinidad de profesionales y las modalidades fueron variando según las épocas. Lo cierto es que hoy la guardia para atender los casos más urgentes funciona las 24 horas. Si la situación es de gravedad se traslada a los pacientes en ambulancia hacia el hospital Enrique Erill de Escobar. Además de la clínica médica hay vacunatorio, asistencia social, promoción de salud, estimulación temprana, obstetricia, ginecología, farmacia, extracciones, psicología, ecografía, pediatría y psicopedagogía.

De esta manera, la sala Marta Velazco cubre gratuitamente las necesidades básicas en medicina. También ofrece servicios de concientización, como el taller sobre prevención y cuidado de la salud que se lleva a cabo con niños de jardín. En ese sentido, el área pediátrica de la salita fue uno de los sectores en los que siempre se trabajó más duro, para que los chicos se conviertan en fuertes miembros de la comunidad en el futuro. Aunque el objetivo es que toda Loma Verde esté cuidada y atendida como se merece; niños, adultos y ancianos.

Su biblioteca, creada hace 27 años, es guardiana de libros y una ventana hacia infinitas historias. También es una señora sabia disfrazada de edificio, que logró tejer una red tan inmensa que llegó del otro lado del océano, hasta Alemania. A su vez, es el refugio de los curiosos; los que quieren aprender a bailar, pintar o tocar un instrumento; los que necesitan una ayuda extra en la cursada; los que no pudieron asistir al colegio en su momento y se dan una segunda oportunidad y también de todos quienes desean disfrutar de un plan que los acerque a la cultura.

Entre esas historias que alberga en sus estantes, ella tiene la suya propia. Corría el año 1992 y Dori Lubschik, una correntina que se convirtió en referente en la comunidad lomaverdense, vio en su factura de luz una invitación a donar libros que pudieran ser parte, en el futuro, de un espacio de lectura. El pedido le llamó la atención e inmediatamente se sintió entusiasmada por la idea.

Desempolvó los libros que tenía en su casa y llenó una canasta con varios de ellos. Contentísima los llevó a la Cooperativa, pero se encontró con que el proyecto aún estaba en pañales. Sin embargo, Dori no se dejó ganar por la desilusión; al contrario, siguió donando textos. De pronto,

se había puesto como objetivo ayudar en todo lo que pudiera para acelerar la apertura de la biblioteca. Decidida a involucrarse de lleno, pidió una reunión con las autoridades para conocer cuál era el sitio que le destinarían a la casa de los libros.

Se emocionó enormemente al ver las posibilidades de ese espacio. A pesar de que era pequeño, casi pudo verlo en ese instante con sus estanterías llenas de libros y a la gente leyendo en el jardín de atrás. Arturo Carboni, gerente en ese entonces de la Cooperativa, notó aquel gran entusiasmo y no dudó en ofrecerle a Lubschik las riendas del proyecto. Al principio ella se negó porque debía cuidar a su suegro, Carlos Lubschik, que estaba enfermo. Un reconocido escultor que, entre cosas, creó los ángeles que estaban en la entrada de la confitería Die Engel, frente a la plaza de Escobar. Por otra parte, al no ser bibliotecaria, Dori sentía que no iba a poder con el trabajo. Pero Carboni logró convencerla y enseguida se puso el emprendimiento al hombro.

En marzo de 1992 los chicos comenzaron las clases con una biblioteca disponible. Un estante cargado con 60 libros, la mayoría donados por la vecina más entusiasta del pueblo. Lo más importante era que el primer paso ya estaba dado y aunque pudiera parecer poco, no lo era. Gran parte de los lomaverdenses no tenían casi acceso a los libros. Por lo tanto, fue un logro enorme.

Al principio sólo abría de lunes a miércoles, de 9 a 12 horas. Años después el horario se iría extendiendo y la cantidad de material a disposición de los lectores también. Dori tenía puestas todas sus energías en el crecimiento de la biblioteca. Compraba útiles y se llevaba libros a casa para repararlos si estaban maltratados. Enfrente vivía Ada Dorlich, que

aunque no sabía leer ni escribir la ayudó en todo lo que necesitaba. Ambas formaron un frente inquebrantable, iban a trabajar todos los días, con lluvia, viento o bajo el fuerte sol del verano.

Costó bastante que la gente se acercara, especialmente porque no estaban al tanto de la existencia de la biblioteca. Por eso, Dori habló con la Cooperativa y pidió si podían facilitarle un cartel. Arturo Carboni mandó a hacer uno, que a pesar de ser pequeño, llamó la atención de algunos vecinos. Pero ella tuvo una idea genial que empezó a atraer especialmente a los más chicos. Se acercó un día a la sala de pediatría y habló con las madres que esperaban a que sus hijos fueran atendidos. Les comentó que podían hacer tiempo en la biblioteca y que ella les leería historias a los niños para que se entretuvieran. La iniciativa fue un éxito.

Sólo faltaba el nombre. Dori recordaba que no sabía cómo ponerle y lo consultó con Carboni. Éste se quedó pensativo y le preguntó cuándo habían abierto las puertas. Ella le contestó que en marzo y Carboni le dijo que entonces le pusieran 20 de Junio. La querida biblioteca de Loma verde nació en marzo, su festejo es en agosto y su nombre, 20 de Junio.

Para enero del `93 se organizó un festejo por el día de los Reyes Magos al que asistieron alrededor de cuarenta pequeños. Dori recordaba que los chicos quedaron fascinados con el número del mago contratado por la Cooperativa. Especialmente al final del espectáculo, cuando sacó un conejo blanco de su galera.

En paralelo comenzaron a desarrollarse los cursos y talleres. El primero fue de ajedrez. La comunidad se iba acercando con ganas de compartir sus conocimientos y otros con ansias de aprender. A pedido del público

se sumaron actividades y clases tan diversas que en 1999 nació el Centro Cultural Manuel Belgrano.

En la actualidad se dan clases de teatro, danzas folklóricas, guitarra, dibujo, comic, origami, bordado mexicano, crochet, pintura sobre tela, ajedrez, violín, literatura y escritura para chicos y adolescentes; inglés y alemán para varios niveles. Además, se realizan presentaciones de libros, charlas y encuentros artísticos. Las actividades se reparten entre el galpón de la Cooperativa y la biblioteca.

Dori no dudó en mantenerse creativa a la hora de pensar nuevos proyectos. Uno de ellos fue la feria de ropa, donde las prendas se vendían a un peso. A su vez, en agosto del '96 comenzaron a publicar la revista Letras del Sol. La misma surgió por la necesidad de mantener a la comunidad informada. Se publicaban hasta los nombres y perfiles de los desempleados para que entre todos pudieran ayudar.

Pero también supo expandirse hacia afuera, cruzar fronteras, atravesar el océano Atlántico y así unir un puente con Alemania. El proyecto, presentado por Eli Silberstein, consistió en invitar a jóvenes alemanes para que vivieran la experiencia de conocer un lugar único, aprendieran español y ayudaran a una pequeña comunidad enseñando su idioma.

El primero fue Levent Kedi, en 2012. Con solo 23 años llegó a estos pagos para dar clases de inglés, alemán y apoyo escolar. Después de Levent vinieron muchos y muchas más, uno o dos cada año. La idea de un visitante de otra parte del mundo generó curiosidad en los chicos, que logran aprender los idiomas más a gusto al entrar en contacto con una cultura distinta. Pero también los mayores se sienten atraídos, especialmente

aquellos descendientes de alemanes que se acercan a charlar, a hacer preguntas sobre el país de sus antepasados y a aprender su lengua.

Dori se hizo cargo de la biblioteca durante diez años, hasta que en 2004 le entregó la posta a su actual encargada, Gabriela Pincheira. Ella no dudó en estudiar para bibliotecaria cuando le ofrecieron el puesto. Al principio era la única capaz de encontrar los libros; tenía todo inventariado en un cuaderno porque no había una base de datos. Actualmente, no está más sola, trabaja junto al bibliotecario Jorge Bonfanti. Juntos han sacado adelante infinidad de proyectos que básicamente acercan a los chicos a la cultura y el arte. Por otro lado, la modernidad también llegó a este espacio. Hoy el stock de libros está digitalizado y la biblioteca cuenta con computadoras conectadas a Internet disponibles para el público.

En 2014 la 20 de Junio dio un salto abismal cuando incorporó los libros digitales a su catálogo. Esto la distinguió del resto de las bibliotecas públicas, ya que eran pocas las que ofrecían el servicio. En poco tiempo tuvieron a disposición más de cinco mil títulos para disfrutar en dispositivos móviles. Actualmente hay más de 10 mil.

En 2002 otro hermoso proyecto floreció en Loma Verde. El Jardín de Infantes N° 921 comenzó a funcionar en un edificio cedido por la Cooperativa, sobre la calle 119. El nacimiento de este espacio también esconde una historia cargada de compromiso y solidaridad.

Al comienzo del nuevo milenio un grupo de ciudadanos taiwaneses se asentó en Loma Verde. Los más pequeños comenzaron a asistir a la Escuela Primaria N° 3 Ricardo Rojas, pero les costaba muchísimo aprender por la barrera idiomática. Por eso, Graciela Zubizarreta de Pickel, una docente

del lugar, les dio clases de castellano a contra turno y posteriormente, a decenas de chicos de barrios alejados que necesitaban apoyo escolar. Las familias taiwanesas quedaron tan agradecidas con Graciela que decidieron devolverle el favor poniendo todo de sí para cumplir el sueño de la docente: que Loma Verde tuviera su jardín de infantes.

La Fundación Chang Yung-Fa otorgó para el proyecto una gran donación, que sumado a la voluntad y participación de la Cooperativa fue una ayuda decisiva para la creación del establecimiento. El 16 de septiembre de 2002, el jardín de infantes era una realidad. Empezó con dos salas por turno y desde entonces siguió creciendo. El aporte de Graciela fue tan importante que al cumplirse diez años de su muerte, el 13 de julio de 2011, el Jardín de Infantes N° 921 comenzó a llevar su nombre. Ella no llegó a ver el sueño cumplido. Sin embargo, está en cada ladrillo porque sin ella nada hubiera sido posible.

En 2018 el Jardín de Infantes N° 921 tuvo su edificio propio, que se había comenzado a construir en 2015. Su directora, Lorena Bobruck, que forma parte de la familia del jardín desde hace 15 años, se mostró muy emocionada por el importante paso que dio la institución. A su vez, agradeció infinitamente a la Cooperativa por haber prestado el inmueble de la calle 119, ya que sin su aporte no se hubiera podido educar y contener a la gran cantidad de niños que tuvieron el privilegio de ser parte de él. El nuevo edificio se encuentra al lado de la Escuela Primaria N° 3.

El inmueble que se desocupó fue destinado a la misma finalidad: la apertura de un jardín de infantes municipal llamado El Jacarandá. Esto abrió una opción más y mitigó la falta de vacantes para el nivel inicial que persiste en Loma Verde.

En 2019 también se le encontró un destino a las antiguas oficinas administrativas de la Cooperativa. Esta vez pensando en los más grandes. En mayo se inauguró el Centro de Adultos Mayores, ubicado en la calle 119, entre Colectora Este y Ricardo Rojas. Después de una gran remodelación, el edificio fue adaptado para que jubilados y abuelos puedan tener un espacio donde aprender, compartir y disfrutar. En el lugar se dan clases de yoga y talleres para ejercitar la memoria, entre otros. Además de ofrecer juegos de mesa, partidas de cartas y divertidas charlas de café.

El sábado 12 de enero se firmó el acta constitutiva y el viernes 3 de mayo fue formalmente inaugurado. Aquella tarde se cargó de emoción cuando el presidente de la Cooperativa, Raúl Lo Nigro, homenajeó a Dori Lubschik, que no sólo fue la madre de la biblioteca sino de muchos proyectos sociales de Loma Verde.

El rol de la Cooperativa en la comunidad durante estos cincuenta años fue dejar legados. No estuvo sola, fue gente que se unió, aliados que tiraron para el mismo lado, que trabajaron, soñaron, discutieron, pelearon y concretaron desde cero. Una demostración de que con nada se puede hacer mucho. Solo basta unidad, abrir puertas, exponer deseos, escuchar diferentes voces y avanzar. Sin desenfocarse de los objetivos, sorteando crisis, gobiernos, estados económicos y palos en las ruedas. Sacando provecho de las oportunidades y sonriendo cuando sale sol.



GESTIÓN

Raúl Lo Nigro preside la Cooperativa desde hace más de catorce años. Durante su mandato se realizaron grandes avances en términos de mejoras en el sistema eléctrico, en el impulso de la red de gas natural y en la llegada del servicio de internet por fibra óptica. En el ámbito social, mantuvo con gran dedicación el funcionamiento de la Biblioteca 20 de Junio, el Centro Cultural Manuel Belgrano y recientemente se ocupó de concretar el Centro de Adultos Mayores. También conservó el comodato con la Municipalidad para el jardín de infantes y la sala de primeros auxilios, todas instituciones de vital importancia para Loma Verde. Además, consiguió inaugurar el edificio de la nueva sede social luego de seis años de obras.

Es nacido en Belén de Escobar, pero desde hace cuatro décadas recorre las calles de Loma Verde. Comenzó como canillita y su única relación con la Cooperativa era la de ser un socio más. Se acercó cuando un grupo de vecinos y él vieron que la entidad estaba estancada, que perdía su antiguo brillo y que se estaban desperdiciando oportunidades que ayudarían al crecimiento de la comunidad. Asegura que fue elegido

presidente porque era el único de la comisión que disponía del tiempo para ocuparse.

¿Qué recuerdos tiene de cuando llegó a Loma Verde y era ajeno a la Cooperativa?

Me acuerdo de haberme encajado con el auto en alguna oportunidad y que los muchachos de la Cooperativa me sacaran con la camioneta. Que nos prestaran cosas a los vecinos, la escalera, alguna herramienta, era un pueblito chiquito donde todo el mundo se conocía. La gente de la Cooperativa era todo.

¿En qué momento comenzó a acercarse?

Cuando con un grupo de vecinos notamos que el espíritu de la Cooperativa se iba perdiendo. Estaba decayendo mucho, empezaron a haber problemas en las asambleas. Yo no participaba demasiado, pero cada vez que iba eran tantos los problemas... Era la época de Antonio Ruiz, muchas cosas no estaban bien pero también había cosas buenas.

¿Cómo se organizaron con los vecinos para remover al antiguo Consejo?

Nos fuimos interiorizando de los temas de la Cooperativa, leímos el estatuto y, de la misma manera que se hizo cuando recién se estaba gestando, nos reuníamos en casas de familia para organizarnos. Llegamos a tener el apoyo de más cien socios que, como nosotros, querían el cambio.

Logramos entrar y yo fui elegido presidente, básicamente porque era el único que por mi trabajo tenía tiempo para hacerlo. Asumí el 6 de

junio de 2005. Una de las personas que más me acompañó durante ese proceso de cambio fue Alberto Rapp, quien además es un amigo personal. También el resto de los consejeros, que desde el inicio de esta gestión se comprometieron y me acompañaron. Hubo un gran movimiento participativo de los socios.

¿Con qué se encontró cuando llegó?

Me encontré con una Cooperativa que si bien no tenía la concesión para prestar el servicio eléctrico, tampoco tenía deudas. Igualmente, estaba en una situación bastante incómoda, con empleados fuera del convenio con Luz y Fuerza, con la bibliotecaria fuera de su convenio, o sea todos los empleados fuera del convenio que rige su actividad. Falta de materiales, tambores con aceite de transformadores contaminados, vehículos muy deteriorados. Dada esta situación, había muchas quejas por el servicio.

¿Cómo fueron solucionando los problemas?

La documentación para la concesión del área que todavía no teníamos estaba presentada. Durante nuestra gestión, en el año 2006, se logró la firma del contrato de concesión provincial con el gobernador de la provincia, que era Felipe Solá. Esa fue una de las primeras cosas que hicimos. Se contrató un ingeniero electricista y se comenzaron a solucionar problemas existentes y a planificar la red proyectando el futuro, habida cuenta de que Loma Verde es una zona con un alto crecimiento.

Con respecto a la atención al usuario, nos propusimos ser rápidos en el tiempo de respuesta. Y se inscribió a todo el personal en el convenio que le corresponde.

Con el tiempo llegaron a ocuparse del tema del gas y de internet...

El gas fue un tema totalmente social, porque la obra fue financiada por la Cooperativa y luego cedida al distribuidor zonal, Gas Natural Ban, por lo que no tenemos clientes con ese servicio. Fue un proceso que demandó una ingeniería especial, ya que se debían conseguir adherentes y armar un sistema de financiación llamado de monto cubierto, generalmente comprendía alrededor de dos o tres manzanas.

Internet fue otra decisión importante que sigue avanzando a primer nivel hasta el día de hoy. Tenemos algo más de 700 usuarios y trabajamos constantemente para mejorar la calidad del servicio.

¿Cómo está parada la Cooperativa frente a las tecnologías sustentables?

Siempre estamos del lado que tiene que ver con el cuidado del medio ambiente, por ende, con las energías alternativas. En ese sentido, en 2018 colocamos paneles solares en el techo de la biblioteca con la idea de ir haciendo pruebas. Asistimos a charlas y cursos sobre este tipo de energías y su implementación.

¿Cuáles han sido las mayores alegrías y tristezas de estos años de gestión?

Entre las decepciones tuvimos un duro golpe cuando por una decisión que creemos arbitraria se le permitió al desarrollista del Haras Santa María tener el suministro de energía de Edenor, omitiendo el contrato de concesión del área de nuestra Cooperativa.

Otro momento desagradable fue cuando uno de nuestros empleados

recibió una descarga eléctrica en media tensión. Dentro de las alegrías debemos mencionar que el empleado en cuestión, luego de una larga convalecencia, se recuperó totalmente y sigue ligado a nuestra entidad.

Las mayores alegrías están dadas en el aspecto social, en cómo la Cooperativa continúa con el legado de las anteriores comisiones y sigue creciendo con la continuidad de la biblioteca, del jardín de infantes, la nueva sede, el logro del convenio con el Municipio para la instalación del banco, la UGC y el Registro Civil. De esta manera, nos convertimos en el centro cívico de la localidad. También hay que mencionar la creación de un Centro de Adultos Mayores, para lo cual se remodelaron las antiguas oficinas.

Que la gente reconozca la actividad y el compromiso de nuestra Cooperativa es un orgullo.

¿Cómo le gustaría que lo recordaran de acá a otros cincuenta años?

Es algo que no me detuve a pensar... Como un vecino que pasó por la Cooperativa y trató de hacer lo mejor. Pero, sobre todo, como alguien que reconoce el trabajo de todos los consejeros y empleados que en algún momento han formado parte de esta gestión. Sin el aporte de todos, no se podría haber logrado lo que se logró.

COOPERATIVA ELÉCTRICA Y SERVICIOS ANEXOS ESCOBAR NORTE

PRESIDENTES

Sebastián Bonfanti
Constantino Pelayo
Martín Cullen
Antonio Ruiz
Raúl Lonigro

VICE-PRESIDENTES

Vicente Buono
Eduardo Díaz
Edmundo Catalano
Carlos Kruel
Antonio Alegre
Santiago Jurisich
Pablo González
Gabriel Pujol

SECRETARIOS

Horacio Rossi
José Simons
Ariel Retta
Oscar Stronati
Marina Petrella de Alderete
Stella Weber de Díaz
Santiago Traverso
Pedro Aboitiz
Alberto Pickel
Armando Castro
Ildemar Urrels

TESOREROS

Agustín Godnic
Eduardo Steimbretcher
Raúl Urbano
Carlos Ferrugia
Eduardo Panaino
Alfredo Stuve
Leonardo Tajima
Juan Aranibar

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN



VOCALES

Orfilio Campagnoli	Juan Bellagamba
Juan Díaz Moreno	José Curti
Mateo Braig	Juan Billena
Pablo Koike	Hilda de Alsina
Tomás Nervegna	Pedro Escobar
María Martini Segura	José Domínguez
Juan Ponstein	Gerardo González
Vicente Fernández	Carlos Borcosque
Miguel Ottaviano	Alberto Rapp
Masao Saito	Adolfo Fernández
Alberto Mándola	Miguel Boni
Ventura Mastronardi	Cristóbal Navarro
Hernando Rozzo Rodríguez	Marcos Ortuzar
Roberto Gimnich	Fabián Nicomedes
Julio Decoud	Jorge Samur



SÍNDICOS

Tomás Amadeo	Eriberto de la Llave
Juan González Calderón	Andrés Di Campello
Gerardo Segura	Isabel Silberstein
Marcelo Santurio	Carlos García Chafuén
José de Oro	Liliana Conti

COLABORADORES

- Laura Accifonte
- Ramón Ahumada
- Antonio Alegre
- Jaquelina Alegre
- Jorge Alegre
- Roque Alegre
- Victoria Alonso
- Ángel Aloule
- Cecilia Alvarez
- Eduardo Andreoli
- Blanca Azorin
- Eduardo Barales
- Jorge Bissio
- Ángel Bogado
- Julio Bogado
- Omar Bogado
- Jorge Bonfanti
- Teresa Brizuela
- Félix Bugueño
- Juan Bugueño
- Segundo Bugueño
- José Bullotti
- Arturo Carboni
- Horacio Cejas
- Carlos Cespedes
- María Colombo
- Claudio Coronel
- Héctor Cuba
- Stella De Elizaga
- Miguel De Jesus
- Fernando Demianiuk
- Aldo Díaz
- Liliana Dosantos
- Fernando Fresco
- Juan Galarza
- German Galleguillo
- Gustavo García Cancela
- Isabel Gelhorn
- Rafael Genovese
- Roberto Gerstner
- Fernando Graniera
- Roberto Graniera
- Andrea Herber
- Fabian Horst

DE TODOS LOS TIEMPOS

- Celia Janczuk
- Jacobo Janczuk
- Juan Korth
- Federico Laterza
- José Ledesma
- Lorenzo Ledesma
- Oscar Ledesma
- Miguel Litardo
- Sebastián Lopez Pincen
- Miriam Macino
- Alfredo Manrique
- Marta Marsero
- Manuel Martínez
- Lucas Mauri
- Pablo Mazza
- Graciela Medina
- Luis Méndez
- Gladys Miño
- Atilio Montero
- Solano Ocampo
- Ida Ochoa
- Juan Oscares
- Luis Pereyra
- Gabriela Pincheira
- Domingo Presenti
- Iván Quintiliano
- Ricardo Reinoso
- Antonio Rodríguez
- Domingo Roldán
- Luis Roldán
- Fernando Antonio Ruiz
- Alfredo Russo
- Omar Russo
- Omar Sanchez
- Bárbara Satriano
- Miguel Satriano
- Rubén Seel
- Fermín Sosa
- Exequiel Udrizard
- Carlos Vanzini
- Rosana Vanzini
- Stella Weber

Illuminados

50 años de la Cooperativa de Loma Verde Escobar Norte

Redacción: Florencia Álvarez

Colaboración: Agustina Zabaljauregui

Diseño Gráfico: Juan Pablo Ruiz

Fotografía: Archivo revista Escobar Norte

Archivo Cooperativa Escobar Norte

Illuminados es una producción gráfica perteneciente a la Cooperativa Limitada de Consumo Popular de Electricidad y Servicios Anexos de Loma Verde.

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción, total o parcial, sin expresa mención de la fuente.

Impreso en GRAFIK IMPRESOS, Alem 97

Matheu, partido de Escobar, Pcia. de Buenos Aires

Octubre de 2019



